

El ajedrez

«Este juego pertenece a todos los pueblos y a todas las épocas y nadie puede saber de él qué divinidad lo regaló a la Tierra para matar el tedio, aguzar el espíritu y estimular el alma.» Stefan Zweig (aquel errante y patético judío que pasó por la Argentina después de buscar por el mundo algo que nunca encontraría y acabó suicidándose con su mujer en Brasil, su Tierra Prometida, espantado por la locura de la Segunda Guerra), expresó con esas palabras el misterio del ajedrez. Es cierto. No hay ninguna certeza histórica que permita precisar el origen de este juego, que, paradójicamente, siendo el más complejo y hermoso que han inventado los hombres, es también el más antiguo. Uno de los pueblos cuya historia es más difícil de reconstruir cronológicamente, la India, pudo haber sido su inventor. Hace veintitrés siglos, bajo el reinado de Asoka, el ajedrez indio ya era quizás un juego heredado. Existen, sin embargo, remotísimas tradiciones que lo atribuyen a los caldeos, a los persas, a los etruscos, y un papiro hallado en el palacio del segundo Ramsés, en Tebas, parece representar al faraón jugando al ajedrez con una de sus favoritas: partida que debió suceder casi mil años antes del rey Asoka. La figura del papiro es rarísima y más bien herética: de un lado del tablero hay una especie de unicornio con orejas de burro (la favorita, supongo); del otro, algo así como un león rampante que fuera al mismo tiempo un chivo, imagino que se trata de Ramsés. Los teratológicos jugadores están sentados en posición humana y sostienen cada cual una pieza en la mano (o pata) derecha; da la impresión de que le toca jugar al faraón, quien, por su actitud, va a causar un estrago en la posición enemiga. Los arqueólogos me aseguran que el papiro es satírico, que se trata de una caricatura de aquel rey casi divino. Cosa que, tangencialmente, nos llevaría a otra comprobación inquietante: en el año 1178 antes de Cristo la caricatura política ya era un género. Lo que sí parece un hecho es que esas piezas vistas de perfil son piezas de ajedrez. Platón, en el *Fedro*, supone que el ajedrez es un juego egipcio, y, como Stefan Zweig, atribuye su invención a un dios («Este dios se llama Teut», el que habla es Sócrates. «... Se dice que inventó los números, el cálculo, la geometría, la astronomía, así como los juegos de ajedrez y de los dados, y en fin, la escritura».) Otros griegos creían que fue inventado por los troyanos, en los años del asedio. Hay, por fin, una sospecha *científica* más asombrosa, la más reciente: la que sitúa su origen en la Mesopotamia, vale decir, en el viejo hogar entre el Éufrates y el Tigris; vale decir, en la cuna misma (en la histórica y en la mítica) de lo humano, ahí donde Gilgamesh encontró y perdió la flor de la inmortalidad y el anciano Utnapishtin lo relató, siglos antes de nacer Moisés, la historia del diluvio. Allí, los arqueólogos desenterraron unas piezas de barro cocido, cuyas enigmáticas formas admitirían una hipótesis o al menos una conjetura: ser parte de un casi adámico juego de ajedrez. Si esto es cierto, el ajedrez sería muy anterior a la guerra de Troya, muy anterior al cruce del Mar Rojo, a los patriarcas, a los más anti-

guos documentos literarios de la humanidad, a la edificación de las pirámides, e incluso a la invención misma del mundo, el cual si le creemos al célebre James Usser, arzobispo de la Iglesia Anglicana, fue creado por Dios el 22 de octubre del año 4004 antes de Cristo, a las ocho de la tarde.¹

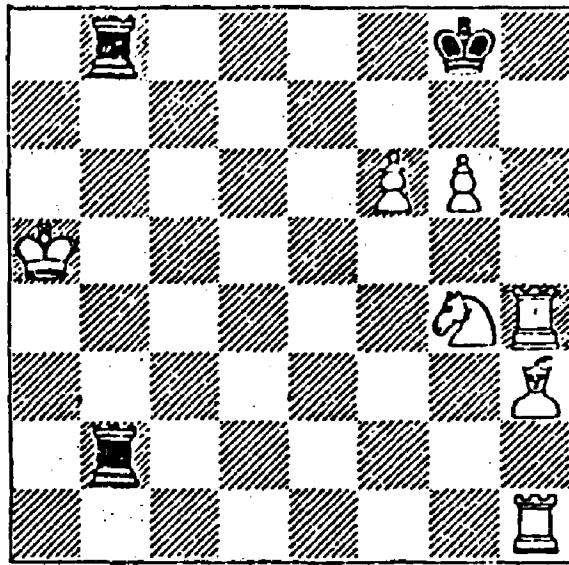
Demasiado juego para ser una ciencia y demasiada ciencia para ser un juego, como lo definió Leibnitz, el ajedrez ha sido amado por grandes artistas, pensadores, científicos y guerreros. Tolstoi, Musset, Freud, Schiller, Leibnitz, Goethe, Schumann, Iván el Terrible, Teresa de Ávila, Unamuno, Ramón y Cajal, Einstein, Tamerlán o Napoleón y entre nosotros el Che Guevara, Martínez Estrada y Ruiz Daudet no sólo jugaban al ajedrez sino que a veces fueron verdaderos ajedrecistas. Y entre los argentinos yo agregaría a Rafael Barret, quien nació español y se sintió paraguayo, pero fue uno de los fundadores de la prosa nacional. De Alfred de Musset existe, en la literatura ajedrecística, un bello problema que se conoce justamente como el Problema de Musset. He visto una partida de Tolstoi, un gambito rey, que no vale lo que *Guerra y Paz* pero es mejor que buena parte de la literatura actual. Y fue un músico francés, fue André Danican Philidor (*Analyse du jeu des échecs*) quien estableció hacia 1749 algo así como el Argumento Ontológico del juego: los peones, escribió, son el alma del ajedrez. Napoleón, como ajedrecista, no era demasiado interesante. Tamerlán, sí. Su biógrafo, Ibn Arab Shah, dice: «Timur jugaba al ajedrez porque de este modo trabajaba su inteligencia, pero poseía un entendimiento demasiado elevado para contentarse con el juego común. Por esta razón jugaba siempre al Gran Ajedrez, cuyo tablero constaba de ciento diez casillas.» Este juego estaba exaltado con dos camellos, dos jirafas, dos exploradores, dos tortugas y un visir. «Comparado con éste» afirma Ibn Arab, con desdén, «el ajedrez común no vale nada».

Barret y Martínez Estrada han notado la importancia que el ajedrez ha tenido siempre entre los argentinos. Mucho antes de 1939, es decir, mucho antes de que la segunda guerra obligara a varios de los mejores jugadores del mundo (Najdorf, Pilnik, Czerniak, Eliskases, Stahlberg, Pelikan) a quedarse en nuestro país, ya la Argentina tenía jugadores ilustres como Damián Reca, Roberto Grau, Carlos Guimard o Luis Palau, que no sólo podían competir honorablemente con los mejores de cualquier país sino que, por decirlo así, habían creado una escuela nacional, un estilo. Lo que impone, de hecho, una pregunta. ¿A qué atribuir esta predilección por el ajedrez en un pueblo cuya pasión deportiva, el fútbol, parece ser la antípoda del juego de Capablanca? Martínez Estrada opina que el ajedrez requiere y hasta exige el perfeccionamiento a solas, y que los argentinos, por razones histórico-políticas evidentes (y desdichadas) somos un pueblo de autodidactas. Miguel de Unamuno sintió lo mismo del pueblo español, y, sin embargo, los españoles dan muy raramente grandes ajedrecistas. De todos modos, Martínez Estrada en algo tiene razón, ya que la llamada cultura nacional es obra

¹ Asimov's guide to science, Vol. I, cap. II. Otros autores (cfr. Ernesto Sábato, Uno y el Universo, 1952, p. 41) atribuyen este cálculo al doctor Lighfoot, teólogo y vicerrector de la Universidad de Cambridge, quien averiguó que el hombre habría sido inventado el 23 de octubre del año 4.004 (a. de J. C.) a las nueve de la mañana. Tales noticias, al parecer, provienen del siglo XVII: lo que no impide que la más reciente edición española de Los nueve libros de la Historia de Herodoto (Barcelona, 1965) conserve las notas de Bartolomé Pou, S. J., en las que se puede leer, por ejemplo, que la caída de Troya sucedió en el año 2.871 de la creación del mundo.

de autodidactas. O al menos, lo es su literatura. No hay más que pensar que Borges acaso nunca terminó el bachillerato, que el propio Martínez Estrada no tuvo formación académica, que Leopoldo Marechal no fue a la universidad. Para no hablar de Arlt o de Sarmiento. El ejemplo extremo del *homo universalis* autodidacta, en nuestro país, es quizá Leopoldo Lugones. Muy pocos hombres supieron mejor que él las cosas que él sabía. Helenista, retórico, filólogo, fue el primero que expuso la Teoría de la Relatividad en la Argentina. Si éste es un rasgo nacional, vale decir, si expresa un modo de ser argentino y no un modo de ser autodidacta, tal vez Martínez Estrada tenga razón. Lo que de cualquier manera es cierto es que, proporcionalmente hablando, el número de argentinos que juega bien al ajedrez es asombroso. Para decirlo todo, es mayor el número de argentinos que juega bien al ajedrez que el que canta bien tangos.

Juego tradicionalmente detestado por las mujeres, en especial por las mujeres de los ajedrecistas, es, curiosamente el único donde la figura de la mujer es decisiva. No me refiero a lo evidente, al hecho de que la dama sea la pieza de mayor poder destructivo del tablero. Hablo de los orígenes históricos o míticos del juego. Tiene una diosa propia, Kaissa, como si fuera una fuerza de la naturaleza, ya que esta divinidad se supone originaria del indo, donde todos los fenómenos naturales tienen un dios. No hay casi leyenda donde una mujer no sea la causa de la invención del juego, o incluso su inventora. Un mito cinegalés cuenta que Rama, en la segunda edad del mundo, había puesto sitio a Lanka. Raván, rey de Lanka, se consumía de incertidumbre y tedio. La mujer de Raván, para sosegarlo y tenerlo quieto, imaginó un campo cuadrículado y una guerra emblemática de ejércitos mínimos: el ajedrez. En otra leyenda, cuyo origen olvidé, pero que recuerda el argumento de *Los siete contra Tebas*, una reina debe padecer que dos jefes hermanos, sus hijos, combatan entre sí. Uno muere en la batalla; el otro inventa el ajedrez, a pedido de la madre, para mostrarle infinitamente cómo fueron esa batalla y esa muerte. Uno de los problemas de ajedrez más antiguos, y seguramente el más célebre, se llama el Problema de la Doncella o mate de Dil-arám. Existen manuscritos indostánicos, árabes y persas que lo recogen; su fuente más remota es la de la biblioteca del sultán turco Abdul Hamid. En Europa, la posición se ha espejado en doscientas versiones. La leyenda poética, en cambio, es casi siempre la misma: Dil-arám, nombre que (según Averbach) puede traducirse por *corazón alegre*, es la esposa de un visir que ha estado jugando al ajedrez con un rival temible y, por qué negarlo, superior. El visir no sólo es un ajedrecista fanático sino un jugador dostoievskiano: en la fiebre y el vértigo de las combinaciones ha perdido todo, menos a Dil-arám. La última partida se juega por Dil-arám. Una mujer moderna, sospecho, pensaría que el visir es un canalla, que ella no es ningún objeto sexual ni de intercambio y que lo que va a hacer es acostarse con el primero que pase, si es que ya no ha empezado a enamorarse del otro, que juega mejor. Dil-arám, no. Dil-arám, la del alegre corazón, es una inteligentísima muchacha antigua que ama a nuestro visir justamente porque es apasionado y demencial. Además, Dil-arám juega al ajedrez mejor que ellos. La partida es tensa y complicada. Nuestro visir llega a una posición insostenible: el otro amenaza mate en una. Menos mal que nos toca jugar a nosotros y que Dil-arám, con toda su lucidez espiritual y su corazón de pájaro, está escondida detrás de una finísima cortina. Como ya dije, existen unas doscientas versiones de esta posición.



Hay mujeres melodiosas o trágicas que han expresado de mil maneras su amor por un hombre. Julieta Capuleto abominó de la alondra; la Sirenita de Andersen sacrificó su escamada cola de plata lunar y su canto y su alma inmortal: Dido, aullando, se arrojó a una hoguera; la Verónica de *El desesperado* de Bloy le dijo a ese católico con monumental sencillez: «Quiero acostarme con usted». Dil-arám, detrás de la cortina, calculó como el rayo una variante de seis jugadas y, con matemático patetismo, murmuró:

—Sacrifica las dos torres, pero no entregues a Dil-arám.

Esto es lo que se llama decir lo que hace falta.² Entre los árabes, la mujer y el ajedrez suelen formar parte de hermosísimas historias, tal vez porque los árabes parecen incapaces de imaginar nada en lo que no intervenga una (o algo más que una) mujer. Pero es curioso que en el famoso código de Alfonso el Sabio, *Libro de los Juegos* (Sevilla, 1270) se lea una caudalosa descripción del ajedrez, que termina así: «Ca en esto iace toda la sabiduría deste juego e el departamento. E por esta fuerza que diximos le llaman iuego forzado. Mas porque algunos cuentan que las donzellas le fablaron primero en la tierra de ultramar dizen le Iuego de Donzellas.» Y, en efecto, en el diagrama de una posición ajedrecística que reproduce el libro, se ve jugando a dos mujeres.

No quiero (iba a escribir no debo) nombrar el ajedrez sin calumniar una superstición de quienes ignoran la íntima fascinación de este juego. Me refiero a las computadoras imbatibles que fatalmente agotarán su combinatoria. Edgar Poe («El jugador de ajedrez de Maelzel»), ya en el siglo pasado, previó con disparatada lógica que si se construye una máquina capaz de ganar *una* partida no hay más que extender este principio y construir el autómatas que las gane todas. Esto, en último análisis, parece irrefutable, pero tal vez debió pensar que, construida esa máquina perfecta, también puede armarse otra idéntica ¿Y qué pasa cuando se enfrentan dos máquinas capaces de ganar *siempre*? Y hay algo más. Matemáticamente hablando, el número de jugadas que puede durar una partida es 5.899 (la más larga que se ha jugado en un torneo magistral no alcanzó las doscientas; la mayoría se decide antes de las cincuenta), pero estas casi seis mil juga-

² Nótese que el visir de Dil-arám está jugando al ajedrez árabe (*shatrang*), cuyas reglas diferían levemente de las del nuestro. El alfil sólo mueve dos casillas en diagonal, pero (y Dil-arám era astuta) puede saltar por encima de otra pieza.